

UNA PINTURA INEDITA DEL SEGUNDO DON JUAN DE AUSTRIA

Don Juan José de Austria (*), el hijo bastardo de Felipe IV y de la hermosa y discreta comedianta María Calderón, *la Calderona*, tuvo «muy lucido natural», como se lee en las Cartas de Jesuitas de aquella época; es decir, brillantes dotes que, bien dirigidas, hubieran hecho de él un hombre capaz de grandes y nobles empresas, si su ambición descomedida no le hubiera descarriado.

Nació Don Juan —como es sabido— en Madrid, en la noche del 6 al 7 de abril de 1629, en unas casas de la calle de Leganitos que el duque de Medina de las Torres, confidente del Rey, había proporcionado a la madre, la que tuvo la abnegación de retirarse, en cuanto dió a luz el fruto del fugaz capricho amoroso del monarca, a un convento de la Alcarria. Fué bautizado el día 21 con el nombre de Juan y como «hijo de la tierra», esto es, de padres desconocidos, en parroquia de los Santos Justo y Pastor. Los curiosos madrileños gustaron el espectáculo de la entrada y salida del bautizo en la c y en la iglesia, percibieron pronto, dada la calidad del aderezo, padrino, D. Melchor de Vera, caballero de Calatrava y ayuda de cámara de Su Majestad, y de la madrina, Inés Ayala, la comadrona de la Real Casa, el misterioso origen de aquella criatura.

Desde la casa natal madrileña, una mujer humilde, llamada Magdalena, llevó el niño a León y allí lo crió y cuidó maternalmente hasta su propia muerte. Pasada la puericia, Don Juan fué trasladado a Ocaña, donde fué educado en la clandestinidad que podía compadecerse con la holgura económica de la casa en que el mozo vivía. Tuvo por maestros a un jesuita, gran matemático y cosmógrafo, el Padre della Faille, flamenco, profesor de los «Estudios Reales» de Madrid,

(*) Cuando apareció en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1947, pág. 118 a 120, el artículo *Don Juan José de Austria*, pintor, del ilustre historiador del Arte Hispánico Señor Marqués de Lozoya, hacia algún tiempo que teníamos en cartera, con el propósito de publicarlo en este BOLETÍN, otro artículo sobre el mismo tema del profesor Aguado Bleye. Tal como nos fué entregado le ofrecemos hoy a nuestros lectores, ya que uno y otro se completan. N. de la R.

según A. Morel-Fatio, y a D. Pedro de Llerena Bracamante, inquisidor de Llerena, teólogo y hablista. Fueron sus ayos D. Pedro de Velasco, caballero de Santiago, del Consejo de Hacienda, y D. Cristóbal de Benavente y Benavides, igualmente santiaguista, del Consejo de Guerra, ex Embajador en Venecia y Francia y primer conde de Fontanar, cuyas *Advertencias* a Reyes y Embajadores cuentan entre las escasas galas de nuestra literatura diplomática (1).

Ayos y maestros cultivaron tan bien las naturales facultades de D. Juan que, cuando éste cumplió los once años, era buen latino y matemático, orador correcto, escritor y hasta poeta castellano, a más de excelente discípulo en las artes de equitación, esgrima y otras militares. Se le educaba e instruía para ocupar dignamente alguna sede episcopal metropolitana y recibir quizá algún día el capelo cardenalicio. Esos eran, probablemente, los planes del Rey, que no podía menos de sentirse satisfecho de la salud, talentos diversos y aplicación de este su hijo bastardo. Pero todo se torció por influjo del valido. Hacia 1641, el Conde-Duque de Olivares se sentía atribulado ante la perspectiva de no dejar tras de sí ningún continuador de su apellido, ya que su única hija había muerto sin sucesión. Pensó remediar la falta de heredero legitimando a un hijo varón habido fuera de matrimonio. Para ahogar el escándalo que semejante legitimación había de producir, aconsejó al Rey otra, la de su hijo Juan, que andaba entonces por los doce años. Felipe IV accedió a la proposición, y en 1642 Don Juan, ya legitimado, tenía puesta Casa Serenisima, que formaban, además del ayo, Conde de Fontanar, tres gentiles hombres, tres mayordomos, tres caballeros, tres oficiales mayores, veintiocho menores, tres médicos, un cirujano y cinco servidores de escaleras abajo, sin contar, puertas afuera, los monteros, cocheros, lacayos, acemileros, etc. Don Juan fué armado caballero de la Orden de San Juan por el Gran Bailío de Malta que le impuso el hábito y manto de Gran Prior de Castilla y León.

Hasta entonces había vivido Don Juan en las casas de Don Pedro de Velasco, pero no en las de Espinosa de los Monteros. Don Pedro lo crió muy bien y fué, sin duda, la persona que estuvo en contacto más íntimo con el bastardo, al que tuvo gran afecto, sinceramente correspondido. Los planes y actos del Rey no eran desconocidos. En las «Cartas de Jesuitas» (25 marzo 1642) se recogen las hablillas de la gente enterada. «Corre voz que Su Majestad, con ocasión de esta jornada [la habitual jornada de primavera en Aranjuez], quiere reconocer a un hijo que éste tiene, habido fuera de matrimonio, y que le

(1) Gabriel Maura y Gamazo, *Carlos II y su Corte*. Madrid, 1911, t. I, cap. 6.º. Del mismo autor, *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, 1942, t. I, p. 70.

hace Prior de San Juan y le envían por cabo a Portugal. Lo cierto es que tiene muy lucido natural, es muy apacible y hábil y le ha criado muy bien Don Pedro de Velasco, en cuya casa está hoy» (1).

No resultó cierto, por entonces, el rumor de que Don Juan de Austria iba a ser enviado a Portugal como general. Precoz y valiente era este hijo del Rey, de quien muchos esperaban que emulase las glorias de su homónimo el glorioso bastardo de Carlos V. Pero era todavía un niño y no se le podía confiar el mando de un ejército. Sin embargo, seis años después, cumplidos ya los dieciocho años, Don Juan se presenta frente a Nápoles, ostentando el mando de la flota española, bombardea a la ciudad rebelde (1.º de octubre 1647) y con la colaboración, tan esencial como puede suponerse, del experto Conde de Oñate, domina a los rebeldes y recibe los aplausos que nunca se niegan al vencedor.

Elogian los historiadores contemporáneos la gestión de Don Juan de Austria en Nápoles. Sin discutir la justicia de tales elogios, que no es la ocasión ni el lugar de hacerlo, importa recordar aquí una mala acción del bastardo legitimado y encumbrado. En Nápoles trabajaba y vivía rodeado de su familia y de sus discípulos de taller el gran pintor José Ribera, el Españolito. Don Juan de Austria, sin pasión ni secreto, antes con infamante publicidad, deshonoró a María Rosa Ribera, nieta apenas núbil del gran maestro. Fruto de aquel amorío fué Sor Margarita de la Cruz, monja de las Descalzas Reales de Madrid, a la que el Españolito tomó por modelo para su Inmaculada del retablo mayor del mismo convento, y también para su Santa Inés, de Dresde. No puede, por lo tanto, dudarse de que Don Juan José de Austria frecuentó la casa y taller del Españolito, acaso como aficionado a la pintura, y que se aprovechó de aquellas visitas para seducir a María Rosa, amargando con esta ofensa la vejez del gran pintor valenciano.

Esa afición a la pintura de Don Juan José de Austria fué, al fin, su perdición. No le bastaba a Don Juan haber sido legitimado. Forzajeaba por alcanzar el título de infante. Tal pretensión no agradaba ni podía agradar al emperador Leopoldo. Por eso, su ministro el Príncipe de Portia advertía al embajador imperial Poetting que estuviera ojo avizor y procurara que a Don Juan le embutieran en una sotana, «porque las armas en manos de gentes de su condición son peligrosas».

La ambición de Don Juan fué más allá. Sea o no cierto que, como afirma el papel «Razón de la sinrazón», durante su gobierno en Flandes consultara a los teólogos de Lovaina si la salvación de una monarquía sería causa bastante para obtener del Pontífice dispensa para un matrimonio entre hermanos, el hecho indudable es que concibió

(1) *Memorial Histórico Español*, t. XVI, p. 300.

el extraño pensamiento de casarse con la infanta Margarita, hija de Felipe IV y de Doña Mariana de Austria, que tenía por entonces catorce años, y que tuvo la estupenda audacia de dárselo a entender al Rey. Como en 1646 había muerto, antes de cumplir diecisiete años, el príncipe Baltasar Carlos, la infanta María Teresa estaba ya casada con el rey de Francia Luis XIV, se habían malogrado los dos primeros hijos varones que diera a luz Doña Mariana de Austria (el príncipe Felipe Próspero, n. 1657-m. 1661, y el infante Fernando Tomás, n. 1658-m. 1657) y la salud del tercero, Don Carlos (n. 1661) no podía ser más precaria, semejante matrimonio podía ser para Don Juan el camino de alcanzar nada menos que la corona de España.

Las cosas ocurrieron así. Durante la jornada habitual de la Corte en Aranjuez, en la primavera de 1665, Don Juan que, como Prior de San Juan, estaba cerca, en su palacio de Ocaña, pidió a su padre y Rey la venia para ir a saludarle. Felipe IV se la concedió. Dos veces visitó Don Juan a Felipe IV, en los primeros días del mes de mayo. En las dos audiencias le ofreció regalos. El presente de la segunda fué una miniatura que dijo haber concebido y pintado. Representaba ella al anciano Saturno sonriendo complaciente ante los incestuosos amores de Júpiter y Juno. En los rostros de estas divinidades mitológicas se advertía bien que el pincel del artista había copiado con atinado parecido las facciones del Rey, de Don Juan y de la infanta Margarita. No tardó Felipe IV, a ratos poeta y buen conocedor de la mitología, como todos los poetas de su tiempo, en interpretar la escena, y descubrió la pretensión monstruosa de su hijo bastardo, al que volvió la espalda y no quiso volver a ver ni hablar en toda su vida.

Don Juan de Austria era, como se ve, miniaturista o pintor. A esa entrevista y al atrevido regalo de la pintura mitológica aluden varias veces las «Memorias» del P. Nithard. El embajador Poetting comunicó hecho tan extraordinario a la Corte de Viena por su carta fechada en Aranjuez el 6 de mayo de 1665 y en los siguientes términos: «Don Juan visitó dos veces al Rey, regalándole, entre otras cosas, un retrato suyo [del Rey] que ha pintado; en él aparecen además dos niños haciendo pompas de jabón y otro detrás de una columna que les contempla admirado...» Los niños que juegan son, bien se comprende, Júpiter y Juno, y el que los contempla Cupido.

Se sabía hace mucho tiempo que Don Juan de Austria pintaba, y el Duque de Maura lo ha recordado en las diversas obras que ha dedicado al estudio del reinado de Carlos II. Antonio Palomino, por otra parte, en *El Museo Pictórico* (Madrid, 1724), tomo III, pág. 361, dice: «Don Eugenio de las Cuevas, pintor... fué elegido para Maestro en él [en el dibujo] del Señor Don Juan de Austria, hijo del Rey

nuestro Señor Don Phelippe Quarto, siendo su Ayo Don Pedro de Velasco, Cavallero del Orden de Santiago...; en pequeño pintaba [Cuevas] cosas de muy buen gusto: como son Laminitas para Joyas, y Retratos pequeños, en que gastaba los ratos ociosos...». Y en el *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, de J. A. Cean Bermúdez (Madrid, Ibarra, 1800), t. I, p. 82, se puede leer también: AUSTRIA (D. Juan de), pintor aficionado, hijo de Felipe IV, hermano de Carlos II, y el que en medio de las importantes ocupaciones, arduos negocios y destinos que tuvo a su cargo, se divertía pintando, no como un aficionado, sino como un profesor, habiendo sido su maestro D. Eugenio de las Cuevas. D. Juan Carreño, que había visto una pintura en porcelana de su mano, decía: «A no haber nacido príncipe, pudiera con su habilidad vivir como tal».

La pintura que Don Juan presentó a su padre el Rey, ¿fue una miniatura o un lienzo? Nos inclinamos a creer que fue una miniatura, como dice el Duque de Maura, y no un cuadro, un lienzo, como han escrito otros, interpretando acaso inexactamente la carta de Poetting a que antes hemos aludido. Tres son las razones principales que determinan esa nuestra inclinación: primera, que la especialidad de su maestro, Cuevas, era la miniatura sobre porcelana; segunda, que el asunto mitológico escogido era más propio de una miniatura que de un lienzo, y tercera, que Carreño había visto esa u otra miniatura de Don Juan.

Pero, ¿pintó Don Juan telas? Hasta ahora, ni se había visto ninguna suya, ni se tenía noticia de que existiesen. Angel M. Barcia publicó en 1906 (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, p. 32-41) un trabajo de cierta extensión titulado *Algunas obras artísticas de aficionados Reales (Biblioteca Nacional)*, en el que, después de justificar la publicación de su artículo con la afirmación previa de que las obras artísticas de personas reales «a título de curiosidad son siempre apreciables, máxime si pueden tenerse ya por curiosidades históricas», pasa a ocuparse de algunas que no vacila en atribuir a Don Juan José de Austria. En la Biblioteca Nacional, y «procedente, a lo que creo, de la colección Carderera...», hay un aguafuerte pequeña —75 milímetros de ancha por 55 de alta— que representa a un mendigo que marcha apoyado en un palo... Es la estampa copia no mal hecha de una de Callot... Esta... alcanza... la preciada nota de *muy rara*... por estas letras que tiene grabadas al pie: *J. J. exculpst* (sic). Quién sea ese J. J. lo declara una nota manuscrita que hay sobre la estampa y que dice: *Esta lámina abrió el Sr. D. Juan de Austria, cuja cifra es en el esculsit J. J.* En efecto, las dos J. J. corresponden al nombre de pila del bastardo... Juan José...»

Otro grabado que Barcia le atribuye, con menos seguridad, repre-

senta al Príncipe Baltasar Carlos a caballo, y reproduce, no el conocido retrato de Velázquez, sino un esbozo de aquel gran maestro.

«Que este Don Juan de Austria pintaba —añade Barcia— es cosa sabida; hasta Cean le ha dado lugar en su Diccionario, bien que sólo como aficionado ilustre. Don Pedro de Velasco, que fué el encargado de su educación, eligió para maestro de dibujo a Eugenio de las Cuevas, hijo de Pedro de las Cuevas, sin duda porque a más de buen pintor era muy culto. El discípulo parece que salió aprovechado, tanto que, al hacer mención de él Palomino entre los grandes personajes que se habían honrado con los pinceles, asegura haber visto sus pinturas al óleo, y que en porcelana las hacía tan bien que Carreño solía decir que, *a no haber nacido Príncipe, pudiera con su habilidad vivir como tal.*»

De la habilidad de Don Juan como pintor no había, hasta ahora, otras pruebas que estas referencias, benévolas siempre, y casi adulatorias, y las dos aguafuertes que Barcia dió a conocer. Debemos a la amistad del gran escultor Quintín de Torre, el mejor continuador de la escuela vallisoletana de imaginería religiosa en madera policromada, el haber contemplado la única pintura en tela de Don Juan de Austria, hasta ahora conocida, y el placer de presentar a los estudiosos de nuestras artes y de nuestra historia una reproducción fotográfica de ella. El cuadro se guarda en Espinosa de los Monteros (Burgos), en el palacio de los marqueses de Cuevas de Velasco, palacio que por herencia y sucesión directa ha venido a recaer en la familia de la señora de Torre y es la más notable de las residencias señoriales de aquella histórica villa burgalesa. Lo reedificó hacia 1640 Don Pedro de Velasco, caballero de Santiago, alcaide de la fortaleza de Llerena y ayo del príncipe Don Juan. Un sucesor de Don Pedro, llamado Diego, fué honrado con el título de marqués de Velasco, título que vino a dar nombre al palacio, al que va adosada una capilla, al estilo de los palacios montañeses. En el frontis de esa capilla, dedicada lógicamente por su fundador, un santiaguista, al apóstol Santiago, se contempla en adecuada hornacina una estatua del Apóstol. En el retablo mayor el lienzo principal presenta a Santiago a caballo y combatiendo en la batalla de Clavijo.

En el palacio, que sus actuales señores han convertido en un verdadero museo, había antes no pocas pinturas en tela. Una sala estaba decorada con los retratos de Felipe IV, de la Calderona, de Don Juan José de Austria y de Don Pedro de Velasco, retratos que fueron vendidos, a mediados del siglo XIX, a los marqueses de Villacarriedo, quienes los llevaron a su palacio del pueblo de su título, en la provincia de Santander. Se salvaron de la venta algunos otros, y especialmente el San Juan Evangelista de que vamos a ocuparnos.

Se trata de un lienzo que, por ahora, llamaremos «de escuela española». Representa, de tamaño natural, la cabeza y busto de San Juan Evangelista, de dimensiones análogas a las de las conocidas series de apóstoles del Greco y Ribera. El rostro del Evangelista está representado de perfil. Está San Juan en actitud de inspiración, con la pluma en la diestra y una hoja de papel en la izquierda, sobre la que acaba de escribir: *Et verbum caro factum est et habitavit in nobis*. Lleva un manto rojo sobre la túnica, más oscura. La nariz, marcadamente aguileña, parece aludir al «Aguila de Patmos», denominación usual del discípulo predilecto de Cristo. Una inscripción de cuatro líneas que se puso, sin duda, años después de pintado el cuadro, dice lo siguiente: «ESTA CAVEZA PINTO DE SU MANO / EL SERENISSIMO S. D. JUAN D AVSTRIA / Y LA DIO A DON Pº DE VELASCO / QUE LE CRIO».

Se trata, por lo tanto, y la duda no es posible, de un recuerdo que Don Juan José de Austria envió a su ayo Don Pedro de Velasco, que fué precisamente quien quiso que la variada formación del príncipe se completase con el conocimiento del dibujo y la pintura y quien buscó el maestro de estas artes. El regalo era adecuado. Don Juan no olvidaba a su ayo, al caballero a quien su padre el Rey había encomendado su crianza y educación y en el que Felipe IV tenía tal confianza que, terminadas éstas, no quiso que se separase de él. Así se lo ordena en una carta fechada en Aranjuez a 2 de mayo de 1642, en la que, después de expresarle la satisfacción con que ha visto el cuidado con que ha procurado la salud y aprovechamiento del Príncipe, manda que se le dé la llave de su cámara, para que pueda tener entrada frecuente y familiar en ella, y le nombra su Secretario de Cámara, para que pasen por su mano la correspondencia doméstica y las audiencias. En prueba de gratitud, Felipe IV concede a Velasco una encomienda de cuatrocientos ducados. En la misma carta le advierte que, desde aquel día, se hará cargo de la dirección de las acciones de Don Juan, de la superintendencia de su casa y del gobierno de su hacienda el Marqués de Castañeda, consejero de Estado, al que ya se advierte la posición que en adelante ha de ocupar el antiguo ayo, del que Castañeda deberá servirse para hacer cualquier advertencia al príncipe. «Aunque espero en Dios —dice el Rey— que [mi hijo] continuará en el buen natural que le ha dado y que cumplirá muy bien con su obligación, todavía os encargo de más de la fidelidad que me debéis guardar que en la más mínima parte que viéredes e entendiéredes y que falta a mi servicio deis cuenta de ello, sin que en esta parte os deje árbitro, porque mi voluntad es que así lo ejecutéis» (1). Nada, pues, más natural que Don Juan José de Austria

(1) Publicó esta carta Rufino de Pereda en su libro *Los Monteros de Espinosa*.

ofreciera este cuadro a su ayo, la persona que más en contacto había estado con él durante toda su niñez y mocedad y de la que el Príncipe debía guardar buen recuerdo. El asunto, San Juan Evangelista, tenía que ser grato a Don Pedro de Velasco, hombre piadoso, y le recordaría el nombre del Príncipe por cuya crianza tanto se había desvelado y de cuyos múltiples talentos debía ser el primer admirador. El cuadro no es, por otra parte, una de esas obras que los malos aficionados regalan a sus amigos para tormento y preocupación de quienes las reciben.

Se trata de una pintura muy estimable. El retablo mayor de la capilla de los Velasco —me decía Quintín de Torre— tiene cinco cuadros: el principal representa a Santiago en la batalla de Clavijo, y los otros cuatro a los cuatro evangelistas. Los marqueses de Cuevas de Velasco tenían hipotecados estos cuadros y yo los rescaté. Cuando murieron los Marqueses, recogí el San Juan Evangelista de Don Juan de Austria, que habían intentado vender y que nada tiene que ver con las pinturas del retablo. Los lienzos de las salas, que fueron vendidos por los Marqueses de Cuevas de Velasco a los Marqueses de Villacarriedo, también Velascos, en Villacarriedo siguen, si no se ha perdido alguno durante la última guerra civil española. El retrato de Don Juan de Austria, colocado en el zaguán, es una copia hecha por el mismo Quintín de Torre del que perteneció al Consulado de Bilbao y se llevó luego al Museo Etnográfico de esta villa.

Considera Quintín de Torre al San Juan Evangelista regalado por Don Juan de Austria a Don Pedro de Velasco la mejor de las pinturas que hubo en aquel palacio: ¿Cuándo y dónde se pintó? No puede dudarse que Don Juan, pintor aficionado, frecuentó en Nápoles la casa y el taller del Españolito, y es un hecho desgraciadamente cierto que abusó de la acogida respetuosa que el maestro le dispensó. Alguna vez, pensando en el formato del cuadro y recordando, por ejemplo, los dos apóstoles (San Pedro y San Pablo) de la Diputación de Vitoria, que, con el Cristo, constituyen un grupo notabilísimo de pinturas de Ribera, y teniendo en cuenta el fondo del San Juan Evangelista, ha venido a mi imaginación la hipótesis de que el reconquistador de Nápoles entretuviera sus ocios en el taller del Españolito y que pintase allí el San Juan Evangelista. Pero Quintín de Torre me hacía observar que la factura es velazqueña, es decir, que esta pintura pertenece a la llamada escuela de Madrid, y es buena hasta el grado de que algún malicioso pudiera pensar que alguno de los colaboradores de Velázquez hubo de poner algo en ella.

La contemplación de la fotografía basta para apreciar en la figura —y de esto nada he hablado con Quintín de Torre— ciertos caracteres femeninos. Y yo no puedo menos de acordarme del mara-

villosa retrato que hizo Diego Velázquez de su esposa Juana Pacheco. Esta sería una razón más para desechar la hipótesis del influjo del pintor valenciano.

Del interesante palacio de los Velasco en Espinosa, no es esta la ocasión de hablar. Algo se ha dicho ya (*Cortijos y Rascacielos*, marzo 1947) y más podría decirse, porque la residencia lo merece. Nos limitaremos a deshacer un error corriente. En el librito de Pereda Merino ya mencionado, se dice que lo mandó construir Felipe IV y lo cedió a Don Pedro Velasco. No hay razón alguna que permita afirmarlo, ni siquiera suponerlo. El palacio y la capilla son fundación del mismo Don Pedro de Velasco, que así lo declara en una escritura de institución de mayorazgo, guardada cuidadosamente, con otros viejos papeles, por Quintín de Torre. Otorgó esa escritura Don Pedro de Velasco, que se titula en ella caballero de la orden de Santiago, alcaide por su Majestad de la fortaleza de Reina, de Llerena y de la Higuera y su teniente de Mayordomo Mayor. En esa escritura se dice residente en esta Corte, es decir, en Madrid, en unión de Doña Manuela de Vallesteros, su querida y amada mujer, y manifiesta estar autorizado para esa institución por real cédula de 4 de febrero de 1627, es decir, dos años antes del nacimiento de Don Juan de Austria. En la misma escritura habla Don Pedro del «Archivo de la dicha mi casa», «de la villa de Espinosa de los Monteros donde soy vecino y natural», y de la «capilla que mediante la voluntad de Dios he de hacer fundar». Y añade: «Si yo dexare acabada la dicha capilla, como lo deseo, [mando] que desde el día que se acabare se digan misas en ella...».

Anduvo, como se ve, Don Pedro de Velasco, lejos de la villa de Espinosa, de la que era natural y vecino, aunque no sabemos si nació en ella; en Madrid, con el cargo de teniente de mayordomo mayor; acaso alguna vez en Llerena, y luego en Ocaña. Sólo al fin de su vida pudo volver a descansar en su casa, pensando ya en la muerte. En ella tenía, como joya preciada, la pintura de Don Juan, al que él había formado y en el que España tantas veces puso sus esperanzas. En esa pintura el mismo Don Pedro haría escribir a pincel la inscripción que había de autenticar la obra cuando él muriese. En virtud de esa inscripción puede afirmarse que el «San Juan Evangelista» de la casa de Quintín de Torre en Espinosa de los Monteros es la única pintura que se conoce del segundo Don Juan de Austria.

PEDRO AGUADO BLEYE.



Lám. I.—D. Juan de Austria. San Juan Evangelista, de la Col. Quintín de Torres.